

La pesadilla

Sam Eliot

—Venga, Mila, a la bañera.

El calor en aquel día de verano no admitía tregua alguna y Marta encendía a cada poco rato el ventilador. Mila, que por lo general se mostraba muy reticente a que la bañaran, se incorporó con presteza del sofá y se dirigió a grandes zancadas junto a su dueña. Bueno, más que su dueña, era su madre, porque Mila era una más de la pequeña familia que ambas formaban en un apartamento de las afueras.

—Buena chica.

Marta se dirigió al cuarto de baño mientras se limpiaba las perlas de sudor que salpicaban su frente. A la zaga la seguía Mila, siempre fiel, con la boca abierta y la respiración entrecortada. Las baldosas del suelo emitieron esa particular orquesta que tanta gracia le hacía a Marta cada vez que Mila desfilaba por el pasillo.

Ambas accedieron al baño y Marta colocó a la bodeguera en el interior de la bañera. Para su sorpresa, Mila se dejó hacer, completamente sumisa. Siempre solía ponerse nerviosa y trataba de huir por todos los medios, tan hidrófoba como parecía. Aquel día hasta ella sabía que el baño era necesario. Luego se recostaría a la sombra del gran laurel que presidía el parque frente al apartamento y que brindaba un respiro casi celestial en pleno agosto.

Marta comenzó a enjabonar a la bodeguera cuando se le resbaló la pastilla de jabón. Aterrizó sobre la cabeza de Mila y Marta sintió el escalofrío que recorría cada centímetro de la perra.

—Ay, cielo, perdona.

Marta acercó la mano al hocico de Mila para acariciarla, pero esta entornó los ojos y trató de apartarse en una violenta sacudida. No obstante, mantuvo su postura vulnerable mientras temblaba, y no del agua fría. Marta tragó saliva. La mirada que le devolvía la perra era la misma que cuando la conoció.

—Al principio será muy desconfiada —le había explicado la gerente de la protectora—. Sus últimos dueños... bueno, no se portaron de la mejor forma con ella. Pero ahora va a estar en un sitio mejor. Solo necesitará un poco de paciencia y cariño.

Mila acompañó aquellas palabras con un avance lento e inseguro hacia Marta. Mantenía los ojos entornados y las orejas gachas. Era fácil adivinar por completo su anatomía, tan delgada como estaba. Marta se agachó y le tendió una mano. La perra dudó unos segundos que parecieron eternos.

—Vamos, Mila —la animó Marta—. Ha acabado tu pesadilla.

Los ojos llorosos de la perra parecían decir lo contrario. Finalmente, accedió y se dejó acariciar por la mano de su nueva madre.

Dos años después, Mila le devolvía nuevamente esa mirada insegura. Marta se arrodilló junto a la bañera y le tendió la mano como hiciera la primera vez. Tras unos segundos de duda, Mila lamió los dedos mojados de la joven. Marta entendió que daba igual el tiempo que pasara. Mila jamás podría olvidar aquella pesadilla. Pero, al menos, ahora tenía una familia.